

Notas críticas

La identidad plural de la sociología. Situación y perspectivas de la investigación sociológica

Gilberto Giménez

I. Pluralidad y fragmentación de la sociología

ANTES DE ABORDAR directamente el tema, conviene ventilar una cuestión previa: ¿que significa la sociología hoy? O, más precisamente, ¿cuál es el lugar y el estado actual de la investigación sociológica dentro del conjunto de las ciencias sociales?

La respuesta puede sintetizarse en los siguientes términos: nuestra disciplina, si bien sigue manteniéndose en las universidades como unidad formal por razones administrativas y de docencia, se caracteriza hoy por la pluralidad, la dispersión y la fragmentación en el campo de la investigación. En efecto, a partir de la posguerra la sociología no sólo ha incrementado la producción de paradigmas contrapuestos y divergentes (frecuentemente manifestados como una sucesión de modas intelectuales), sino que también se ha fragmentado en una gran cantidad de subdisciplinas especializadas o hibridizadas como si, de repente, hubiera entrado en un incontenible proceso de resquebrajamiento, por no decir de pulverización.

Para convencerse de ello basta con echar una ojeada a la impresionante cantidad de comisiones de trabajo existentes en el seno de la Asociación Internacional de Sociología (incluida una comisión para investigar qué es la sociología),¹ o a las 50 secciones reconocidas por la *Guide*

¹ Por ejemplo, hay comisiones para la sociología de la educación, del derecho, de la

to *Graduate Study in Sociology*, publicada en 1986 por la Asociación Americana de Sociología.² Nos conduciría al mismo resultado una revisión somera de las numerosas revistas que circulan por el mundo.³

En suma, hoy por hoy no parece existir un ámbito claramente acotado en el territorio de las ciencias sociales al que pudiera atribuirse el nombre de sociología *sine addito*, es decir, sin añadirle algún adjetivo. En consecuencia, ya no pueden existir sociólogos “generalistas” o químicamente “puros”.

Se comprende ahora por qué se tiende a ver a la sociología desde otras disciplinas como un mero *flatus vocis*, como una categoría puramente nominalista que no denota un contenido identificable. El historiador Paul Veyne, quien paradójicamente se declara amigo de la sociología, ha llegado a escribir lo siguiente:

La sociología, no es más que una palabra bajo la cual se cobijan actividades heterogéneas [...] Escribir la historia de la sociología de Comte a Durkheim, pasando por Weber, Parsons y Lazarsfeld, no sería escribir la historia de una disciplina, sino la de una palabra [...] Estudiar la sociología no es estudiar un cuerpo de doctrina, como se estudia la química o la economía; es estudiar las doctrinas sociológicas sucesivas, los *placita* de los sociólogos presentes y pasados.⁴

Este diagnóstico, aunque un tanto extremoso, ilustra bien el efecto óptico que producimos en los que nos observan desde fuera.

Pero en principio, la pluralización y dispersión de la sociología, lejos de ser un proceso perverso que preanuncie su muerte, debe considerarse más bien un signo de desarrollo normal. Además, los procesos de dife-

ciencia, de la religión, de la medicina, de los valores, del conocimiento, de la política, de la economía, de la familia, de los entretenimientos, del deporte, de la desviación, de la comunicación, de la alienación, de la agricultura, de las organizaciones, del imperialismo, de la salud mental, de las migraciones, de los géneros, de la juventud, de las artes, etc., así como para las sociologías rural, urbana, militar, y comparada, sociolingüística, la psicología social, la sociocibemética, la ecología social, etcétera.

² Se ha observado que, de estas 50 secciones, 41 son hibridizadas y sólo nueve pueden considerarse pertenecientes al corazón de la sociología, entre ellas la teoría sociológica, la metodología, la historia de la sociología, la práctica sociológica, el estudio del comportamiento colectivo y el de la estratificación (Cf. Mattei Dogan y Robert Pahre, *L'innovation dans les sciences sociales*, París, PUF, 1991, p. 143).

³ En Francia, cada paradigma tradicional o emergente tiene su propia revista. Por ejemplo, el grupo de Bourdieu edita una revista llamada *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*; los individualistas metodológicos, comandados por R. Boudon, se apropiaron de la *Revue Française de Sociologie*, y los dinamistas (Balandier, Alain Touraine...) publican en *Cahiers Internationaux de Sociologie*.

⁴ Paul Veyne, 1971, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, pp. 326-328.

renciación afectan no sólo a la sociología, sino al conjunto de las ciencias sociales, incluidas las que suelen ser consideradas más “duras”, como la economía y la lingüística.

II. El ciclo vital de las disciplinas sociales

Llegado a este punto quisiera apoyarme en un modelo de interpretación elaborado recientemente por Mattei Dogan y Robert Pahre en un libro importante publicado simultáneamente en inglés y en francés: *L'innovation dans les sciences sociales*.⁵ Según estos autores, las disciplinas científicas no deben considerarse esencias o identidades inmutables, sino organismos vivos que se desarrollan y complejizan por diferenciación e hibridación. En lo que atañe particularmente a las disciplinas sociales, todas ellas habrían pasado por una especie de ciclo vital determinado por la necesidad de superar los rendimientos decrecientes y mantener el potencial de productividad en términos de capacidad innovadora. Se trata del ciclo “formación de un patrimonio originario-expansión del patrimonio-especialización/fragmentación-hibridación”.

La primera fase, la fundacional, correspondería a la formación de un *patrimonio* científico básicamente constituido por uno o varios paradigmas fundadores que funcionan como una especie de capital adquirido; la segunda fase sería la de *expansión* de este capital, que de este modo se convierte en “capital acumulado” gracias a la contribución de numerosos científicos que han enriquecido el patrimonio inicial. Pero en la vida de las disciplinas sociales llega un momento en que se presenta lo que Dogan y Pahre llaman “paradoja de la densidad”. Es decir, la multiplicación de las investigaciones en un mismo ámbito disciplinario o sobre los mismos fenómenos lejos de aportar un progreso proporcional, tiende a sujetarse a la ley de los rendimientos decrecientes y a provocar saturación y repetitividad en el centro de la disciplina. De aquí la necesidad de desplazarse hacia los márgenes, buscando espacios despoblados y tierras vírgenes. Esta fase, de *especialización*, comporta la fragmentación de la disciplina en numerosas subdisciplinas cuyo número tiende a crecer en forma exponencial. Pero he aquí que, al trabajar en los márgenes de su disciplina, los científicos se encuentran con otros, que también la practican y están interesados en el mismo tema. La multiplicación e intensificación de estos encuentros provoca lo que Dogan y Pahre llaman *hibridación*, que representaría la última fase en la vida de una disciplina, y sería en la

⁵ Mattei Dogan y Robert Pahre, 1991, *op. cit.*

que actualmente se encuentra no sólo la sociología, sino el conjunto de las ciencias sociales.

Téngase en cuenta que la hibridación no tiene aquí una connotación negativa. No significa eclecticismo ni pluridisciplinaridad. Implica la recomposición coherente de dos o más “fragmentos” de disciplinas diferentes, aunque emparentadas entre sí, mediante la difusión de conceptos, teorías, paradigmas o métodos de una disciplina a otra, con absoluta falta de respeto a todas las fronteras, sean éstas disciplinarias, de facultades, de departamentos, de *campus* o de tradiciones nacionales.⁶

La tesis fundamental de Dogan y Pahre, que ellos presentan como dato empíricamente verificado y no como una norma de conducta, es la de que desde hace aproximadamente unos quince años el potencial de innovación en las ciencias sociales se ha concentrado mayormente en los intersticios fronterizos de las diferentes disciplinas y subdisciplinas. Es decir, la probabilidad de innovación en las ciencias sociales depende cada vez menos de las investigaciones monodisciplinarias y cada vez más de las hibridizadas.

Pero, nuevamente, no hay que confundir hibridación con multidisciplinaridad. Esta última comporta de hecho la mera superposición de investigaciones monodisciplinarias alrededor de un tema común, lo que las más de las veces se produce en forma de un diálogo de sordos alojados en una misma torre de Babel. Según Dogan y Pahre, la multidisciplinaridad así entendida resulta más bien esterilizante, y sus virtudes, míticas. La hibridación científica no se funda en la colaboración interdisciplinaria, sino en la especialización en la intersección entre dos o más disciplinas. Supone, por lo tanto, que los investigadores que participan en este proceso estén suficientemente familiarizados con los segmentos disciplinarios que se pretende hibridizar y que, por lo mismo, se comprendan entre sí.

III. Obstáculos para la innovación científica en sociología

A partir del diagnóstico precedente y de su correspondiente interpretación, podemos detectar con mayor claridad algunos de los obstáculos que dificultan el progreso y la innovación en sociología.

⁶ Según Dogan y Pahre, existen dos tipos de hibridación: la institucionalizada, en forma de subdisciplina o de programa de estudios reconocidos (como la sociología de la cultura, la sociolingüística y el análisis del discurso en perspectiva sociológica), y la informal, resultante del libre acuerdo entre científicos interesados en un mismo problema.

El primero, radica en la ya mencionada pluralidad de paradigmas, no porque ésta signifique por sí misma una especie de calamidad epistemológica, sino por razones externas a la disciplina. En efecto, por una parte la multiformidad de paradigmas es connatural a la sociología —y a la mayor parte de las ciencias sociales— debido a la naturaleza histórico-cultural y a la complejidad de su objeto, como diremos más adelante; por otra parte, esta misma pluralidad podría ser, en principio, fuente de fecundidad y de progreso para la disciplina al permitir el debate y la confrontación entre diferentes visiones de la sociedad.⁷

Pero ocurre que un paradigma nunca se reduce a un mero juego de hipótesis intelectuales, sino que también implica frecuentemente lealtades institucionales y compromisos con determinados grupos o programas de investigación, todo lo cual tiene consecuencias múltiples sobre las condiciones de trabajo y las posibilidades de publicación. Y, sobre todo, los paradigmas sociológicos tienen inevitablemente implicaciones ideológicas y políticas que dificultan enormemente no digamos ya el debate, sino la simple comunicación entre los seguidores de los diferentes paradigmas.⁸

El segundo obstáculo, deriva de la propia *especialización y fragmentación* de la sociología en forma de subdisciplinas que frecuentemente comportan un lenguaje arcano y una metodología sofisticada, lo que también dificulta la comunicación. Todos conocemos la difícil comunicación entre especialistas de diferentes disciplinas. Y todos hemos sido testigos alguna vez de cómo los contactos entre diferentes ámbitos de la sociología se resuelven a veces en esterilización recíproca y generalizada mediante coloquios y simposiums que funcionan como torres de Babel interdisciplinarios, donde nadie entiende a nadie y cada quien sólo se escucha a sí mismo.

⁷ En general, los epistemólogos y los filósofos de la ciencia coinciden en la fecundidad de las confrontaciones entre teorías y paradigmas.

Debe admitirse —dice K. Popper— que una discusión entre personas de formación diferente no es cosa fácil. Sin embargo, no hay nada más fructífero que tal confrontación, porque es el choque entre culturas diferentes lo que ha engendrado algunas de las más grandes revoluciones intelectuales. K. Popper, "Normal Science and its Dangers" en Lakatos y Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pp. 51-58.

⁸ Así, por ejemplo, Pierre Bourdieu interviene regularmente en revistas y periódicos políticos de izquierda, mientras que Raymond Boudon lo hace en los clasificados como de derecha. Por lo demás, este último autor ha confesado, sin rubor alguno, la afinidad de su "individualismo metodológico" con la ideología liberal. Cf. R. Boudon, *L'Idéologie ou l'Origine des idées reçues*, París, Fayard, 1986, pp. 226-228.

Los obstáculos hasta aquí señalados son *de carácter interno*, en el sentido de que son inherentes al desarrollo normal de la disciplina. Pero hay también *obstáculos institucionales*, entre los que descuella la *compartimentación rígida* entre los diferentes departamentos de las ciencias sociales, compartimentación que, sobre todo en México, refleja las más de las veces un estadio antiguo y ya superado de la clasificación de las ciencias sociales.⁹ Esta compartimentación institucionalizada tiene consecuencias funestas para el desarrollo no sólo de la sociología, sino del conjunto de las ciencias sociales, en la medida en que promueve el enclaustramiento de los investigadores y maestros intramuros de su disciplina, estimula el chauvinismo disciplinario y, en consecuencia, inhibe toda posibilidad de comunicación o de confrontación entre las diferentes disciplinas sociales.

Otros obstáculos son de *carácter externo*, y provienen del lado de la *demanda*. Se puede afirmar, de modo general, que la demanda de productos sociológicos, principalmente la que proviene de las instituciones gubernamentales, no se interesa en la calidad científica de los mismos. Lo que se espera de nosotros es una especie de sociología instrumental que proporcione informaciones, indicadores sociales e instrumentos racionales de gestión y de dominación; o, también, la legitimación “científica” de la sociología espontánea de los dominantes.

Podríamos señalar también de paso otros *obstáculos menores de carácter más local o circunstancial*. En México, por ejemplo, los sociólogos padecemos algunas debilidades específicas, como la insuficiente familiaridad con los clásicos (que no nos permite apropiarnos adecuadamente del patrimonio de nuestra disciplina); una débil cultura epistemológica (que nos hace soñar sueños positivistas y despertarnos con fuertes complejos frente a las “ciencias duras”); y, finalmente, cierta torpeza en la subsunción teórica de nuestros datos empíricos (que nos hacen más bien descriptivistas o cuantitativistas, pese a la solemne proclamación de nuestros “marcos teóricos”).

⁹ Por ejemplo, la sociología se ha divorciado desde hace tiempo, en términos institucionales, de la antropología, de la historia y, por supuesto, de la economía. En nuestra venerable Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM podemos observar una recia estructura de compartimentos estancos entre “coordinaciones” de disciplinas, como ciencia política, ciencias de la comunicación, administración pública, estudios latinoamericanos y, por último, la sociología, que aparece como una simple disciplina más.

IV. Perspectivas para la innovación científica

Hemos visto que la sociología se presenta hoy como la disciplina de la diversidad y de la movilidad de los ángulos de análisis. Esta movilidad y dispersión explican en gran parte su pérdida de visibilidad como disciplina unificada y, por ende, provista de un cuerpo central identificable. Esta pérdida de visibilidad ha originado el discurso de la “crisis de la sociología”, y el consiguiente pánico de muchos sociólogos que sienten amenazada su identidad profesional.

En realidad la sociología no ha desaparecido, sino que se ha pluralizado y diversificado. Más aún, esta pluralización y diversificación parecen ser condiciones necesarias para el mantenimiento de su potencial de innovación frente a la amenaza de los rendimientos decrecientes. Por eso nuestra primera preocupación tendría que ser *mantener activa la capacidad de innovación* dentro del espacio plural de nuestra disciplina.¹⁰ Si la innovación requiere como condición de posibilidad la autonomía institucional de la ciencia, así como también la comunicación y la confrontación entre paradigmas, pues nuestra tarea será, por una parte, defender la autonomía de la sociología frente a las pretensiones anexionistas de una demanda exterior frecuentemente esterilizante, y, por otra, derribar todos los “muros de Berlín” entre paradigmas y disciplinas bajo el lema “se acabó la guerra fría”, como reza una canción española.

Por último, si se comprueba que la innovación en las ciencias sociales tiende a concentrarse hoy en los intersticios híbridos entre disciplinas, o fragmentos de disciplinas, pues habrá que buscar también los medios para estimular la formación de sociólogos híbridos y de favorecer los procesos de hibridación en las fronteras de nuestra disciplina.

Sin embargo, el excesivo optimismo depositado por Dogan y Pahre en el proceso de especialización/hibridación no logra disipar todas las inquietudes. ¿Qué tal si este proceso condujera finalmente a una situación en la que ya no se justificara la permanencia de la sociología como disciplina formal en el mapa académico de nuestras universidades? Es lo que prevén esos autores cuando afirman que la sociología compartirá en el futuro el mismo destino de la filosofía: “su des-

¹⁰ En general, podemos decir que la innovación es un progreso que aporta una contribución significativa, no importa que ésta sea mayor o menor, a una disciplina dada. Según Dogan y Pahre, se trata de un fenómeno acumulativo de masa que, por lo mismo, no depende sólo del “sistema de estrellas” de la disciplina considerada. La innovación puede darse en todos los niveles del quehacer científico: colecta de datos, sistema conceptual, paradigmas, modelos, etcétera.

cendencia abandonará la casa paterna para construir nuevas fortalezas académicas".¹¹

A mi modo de ver, este destino no es deseable para la sociología ni para las demás disciplinas formales del campo de las ciencias sociales. En primer lugar, porque, para comunicarse beneficiosamente hacia afuera y establecer alianzas hibridizantes productivas, *hay que ser*, es decir, hay que poseer un centro, una identidad; en segundo lugar, porque equivaldría a privar, aun a los descendientes híbridos de la sociología, de una genealogía y de un patrimonio acumulado, por último, porque implicaría convertir el campo de las ciencias sociales en un inmenso caleidoscopio de especialidades sin orden ni concierto.

Todo parece indicar entonces que a la tesis de Dogan y Pahre hay que contraponer una antítesis, y que el proceso centrífugo al que está sometido nuestra disciplina debe equilibrarse con un *proceso centripeto orientado a la reconstrucción de su identidad*. Acabamos de enunciar la segunda tarea fundamental que nos aguarda: reconstruir la unidad e identidad de nuestra disciplina sin menoscabo de la pluralidad de sus manifestaciones.

Todo el problema radica ahora en detectar el nivel donde todavía es posible encontrar esa unidad/identidad.

Por lo pronto parecen haber fracasado todos los intentos de situarla en el nivel de las grandes teorías globalizantes, a la manera de Parsons o de Gurvitch, o, más recientemente, del sistemismo de Luhman o del neofuncionalismo de Alexander.

Tampoco parece haber prosperado la idea —pensada originalmente por Victor Turner para la antropología— de integrar todas las subdisciplinas especializadas o hibridizadas utilizando como instrumento de enlace la teoría tradicional de los sistemas.¹²

Quizás exista mayor posibilidad de consenso si proponemos recuperar por lo menos la memoria de nuestro común linaje *mediante un movimiento de retorno a los clásicos*. En efecto, cualesquiera sean nuestras divergencias, es indudable que los clásicos siguen viviendo en nosotros como patrimonio al menos diferencialmente compartido según nuestras lealtades y preferencias paradigmáticas.¹³

¹¹ M. Dogan y E. Pahre, 1991, *op. cit.*, p. 146.

¹² Cf. Victor Turner, "Process, System, and Symbol: A New Anthropological Synthesis", *Daedalus, Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, vol. I, núm. 3, 1977, pp. 61-80.

¹³ Cf. a este respecto J. C. Alexander, 1989, *La centralidad de los clásicos* en Giddens, Turner *et al.*, *La teoría social hoy*, México, Conaculta/Alianza Editorial, 1989.

Sin embargo, creo que tenemos que buscar la identidad de nuestra disciplina *sobre todo en el plano epistemológico*. Aquí podría beneficiarnos enormemente una valiosa contribución de Jean-Claude Passeron que ha estado en el centro de un debate reciente en Francia.¹⁴

Este autor demuestra que, epistemológicamente hablando, la sociología (al igual que su “hermana carnal”, la antropología) comparte con la historia un mismo objeto: el *curso del mundo histórico*, o, mejor, la *fenomenalidad histórica*. En efecto, las formaciones sociales están hechas de tiempo y de espacio (quizás más de tiempo que de espacio). Por lo tanto, la sociología debe considerarse como una disciplina histórica en sentido amplio, o, más precisamente, como una *ciencia empírica de observación del mundo histórico*.

Ahora bien, los fenómenos propios del “mundo histórico” revisten una propiedad que los distingue radicalmente de otros fenómenos empíricos, como los estudiados por las ciencias de la materia y de la vida: *nunca pueden disociarse plenamente de un determinado contexto espacio-temporal*. Este contexto puede ser de mayor o menor amplitud (microcontextos, áreas de civilización, largos periodos históricos, etc.) y más o menos difuso, pero siempre estará presente, al menos implícitamente, en cualquier descripción o teorización de los fenómenos histórico-sociales. Ni siquiera las ciencias sociales particulares, que han logrado abstraer ciertas variables consideradas específicas de su objeto razonando como si todos los demás factores fueran “variables externas”, pueden liberarse del contexto a la hora de explicar los fenómenos concretos que se manifiestan en su ámbito.

De esta propiedad “déctica” de los fenómenos históricos derivan ciertas consecuencias que marcan bien su especificidad epistemológica frente a las ciencias llamadas nomológicas:

1) La imposibilidad de estabilizar siquiera provisoriamente un paradigma único y mucho menos una “gran teoría” que pudiera ser compartida por la comunidad de sociólogos o de historiadores.¹⁵

2) La imposibilidad de argumentar bajo la cláusula *ceteris paribus*, es decir, suponiendo que las “variables externas” del fenómeno observa-

¹⁴ Jean-Claude Passeron, 1991, *Le raisonnement sociologique L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, Paris, Nathan. Véase también, en tomo a este mismo problema, la revista *Le débat*, núm. 79, marzo-abril de 1994, pp. 91-133.

¹⁵ Ya Max Weber se percató de esta peculiaridad de las ciencias sociales al afirmar que la historia puede escribirse desde diferentes perspectivas igualmente válidas en sus propios términos.

Puede encontrarse una buena argumentación a favor de la pluralidad de paradigmas en sociología en Raymond Boudon (dir.), *Traité de Sociologie*, Paris, PUF, pp. 7-19.

do se mantienen igual (lo que implicaría la posibilidad de abstraer el fenómeno de todo contexto).

3) La naturaleza “tipológica” de los conceptos utilizados en la disciplina, en la medida en que resultan siempre de la comparación entre fenómenos histórico-sociales semejantes. Lo que quiere decir que en historia y en sociología los conceptos son *nombres comunes imperfectos* (que camuflan bajo sus definiciones “por género y diferencia específica” la presencia implícita de un “aquí y ahora”), o también *seminombres propios* que designan de manera no rígida a ciertos “individuos históricos” o a configuraciones histórico-sociales singulares.

4) Por último, la imposibilidad de que la historia y la sociología puedan enunciar *leyes universales* transhistóricas, como en el caso de las ciencias nomológicas, sino sólo *generalidades* contextualizadas o resultantes del cotejo entre contextos bajo algún aspecto semejantes. De aquí se sigue una consecuencia fundamental: la imposibilidad de administrar la prueba según el criterio popperiano de la falsación.

La conclusión general que extrae Passeron de estas peculiaridades inherentes a los fenómenos histórico-sociales es la siguiente: la historia y la sociología [según nuestro autor, indiscernibles de la antropología] no se mueven en un espacio lógico popperiano, sino en uno que el propio Passeron llama “weberiano”, donde se razona en lenguaje natural construyendo tipologías y comparando contextos bajo criterios sistemáticos y pertinentes.

Por supuesto, la historia y la sociología se distinguen por sus respectivos regímenes disciplinarios. Así, el discurso de la historia (*histoire historique*) parece haber asumido como propio y exclusivo uno de los polos posibles de los enunciados sobre la fenomenalidad histórica: *la descripción de los “hechos” por referencia explícita a la singularidad espacio-temporal de los fenómenos observados*. La sociología, en cambio, tiende siempre a desbordar lo estrictamente “idiográfico”, es decir, la singularidad de los contextos, mediante la producción de generalidades descriptivas y explicativas resultantes de razonamientos comparativos. En los hechos, dice Passeron, el discurso sociológico es un razonamiento mixto que oscila incesantemente entre el polo de la narración histórica y el del razonamiento experimental.

Por lo demás, nada impide que la historia se apropie también del estilo sociológico de razonamiento, como ocurre en la “síntesis histórica”. Así como una sociología histórica, también puede existir una historia sociologizante, como lo ha ilustrado sobradamente la escuela francesa de los *Annales*.

V. Colofón

En el periodo fundacional, Augusto Comte situaba a la sociología en la cúspide del sistema de las ciencias de su tiempo, muy por encima de la filosofía. En este mismo periodo, y gracias a la contribución de sus grandes clásicos, ella se convirtió en la reina de las ciencias sociales. Posteriormente, en su fase de expansión, se tornó “imperialista”, llegando a invadir, de una manera u otra, a las demás disciplinas sociales. Pero a partir de la última mitad de este siglo, la sociología se vio invadida a su vez por una variedad de disciplinas y subdisciplinas que tienden a vaciarla de sustancia propia y a hibridizar sus fronteras.

Hoy día la sociología —estrechamente hermanada con la historia (y con la antropología)— puede convertirse de nuevo no ya en una disciplina imperialista, sino en un espacio centrado pero al mismo tiempo plural que funcione como lugar de recomposición y como gramática de todas las ciencias sociales.

San Andrés Totoltepec, 11 de noviembre de 1994

